

Antes de la caída: un bosque sin futuro

Eduardo Hernández Hernández, Guillermo Rodríguez Rivas, Jesús Dorantes López, Christian Hernández, Adarely Y. Salas Sánchez y Marycruz Álvarez Jiménez

1. La Tribu de Pinos (Los Altos)

En ese momento, antes del primer resplandor del día, el aire se encontraba casi inmóvil. La frescura de la noche aún permanecía en el bosque, con un rocío que se depositaba en las ramas, hojas y el fértil suelo. Los animales nocturnos volvían a sus escondites y madrigueras, mientras que los diurnos comenzaban a cantar para recibir un nuevo día. En el horizonte, el resplandor del sol destelló como si saludara a todos en el ecosistema, las plantas en el suelo, los musgos en las cortezas, los pinos que cubrían las alturas, los insectos y hongos dentro de la tierra. La vida se reactivaba con este nuevo ciclo, se respiraba un fresco, agradable y puro aire de paz.

En lo más alto del bosque, Altiplán era el primero en recibir los rayos solares. Altiplán era el mayor de los pinos, el líder de La Tribu de Los Altos, los orgullosos pinos de fuste recto, poseía espíritu sereno y orgulloso, estaba convencido de encarnar el legado de sus ancestros y que el equilibrio con la tierra debía mantenerse. Desde las alturas, podía percibir cómo los pequeños árboles esperaban con ansias la llegada de la luz a sus acículas, es decir, a sus hojas, para iniciar su desayuno matutino. Entre todos esos pequeños pinos, Brinzal se destacaba por su emotividad, curiosidad y ánimo de conocer más. Brinzal soñaba constantemente con crecer tan alto como Altiplán, estar al frente de la tribu de pinos y mantener ese balance con la tierra como había sido desde tiempos inmemoriales.

—¡Altiplán! —llamaba Brinzal desde sus 50 cm de altura— ¡Eres enorme! ¿Cuándo podré llegar a tu altura? Quiero saber cómo se ven las cosas desde allí —Altiplán le contestó con templanza—. Sé paciente Brinzal, a mí me ha tomado 50 años el poder alzarme sobre este paisaje, son 50 años que no querrás apresurar, disfruta tu etapa de vida, conoce a quienes te acompañan en los suelos y a las criaturas que ves caminar. Cada momento tiene su belleza —Altiplán dio un profundo respiro de aire y perdió sus ideas en el horizonte de nuevo.

Los brinzales de hoy no tienen el don de ser pacientes, pensó una anciana para sus adentros. Savia, la sanadora de la tribu de los pinos, veía cómo Brinzal seguía tratando de hablar con Altiplán quien mantenía su atención en el dosel, la parte más alta de los bosques.
—De alguna manera es nuestra culpa —replicó Tercian, otro pino de la tribu, como si hubiera leído la mente de Savia—. Los buenos tiempos hacen pinos de madera suave, me refiero a pinos impacientes, inmaduros e inquietos… y jamás habían visto mejores tiempos que estos —Tercian sintió todo a su alrededor, lo creía firmemente, el bosque no había conocido mejores épocas, el sol era cálido, el suelo era fértil, las lluvias suaves y también regulares, las plantas, plántulas y animales eran prósperos, ¿qué otra cosa podría esperar un pino? Tercian dio un profundo respiro y dijo algo para sí mismo, pero toda la tribu de pinos pudo percibirlo—. Tenemos una buena vida, esperemos que nunca cambie.

2. La cachorra

No se sabe cuándo llegaron, pero unas criaturas diferentes comenzaron a correr en el bosque, caminaban en dos patas y recogían fragmentos de pinos para mantenerse calientes en madrigueras de su propia creación. Eran pocos y se veían felices, Altiplán no mostró preocupación al ver que mantenían un equilibrio con el resto de los seres. Una cachorra de su tribu escapó un día del grupo hacia el bosque, corría, disfrutaba del sol y de los animales que encontraba. Llena de curiosidad y con un espíritu aventurero, decidió trepar un árbol, ese árbol, Brinzal.

Brinzal la estudió, su mirada desafiante, los ojos puestos en la parte más alta de su cuerpo que ahora medía

cuatro metros. La cachorra era muy pequeña, delgada y ligera, no causaría daño. Brinzal se sintió con confianza, después de todo, quería comprobar que ya era un árbol fuerte, grande, alto, se irguió impetuoso ante la cachorra, invitándola a trepar, pero seguro de que le sería imposible. El desafío fue aceptado y la tribu de pinos les observó. La pequeña empezó a trepar el pino, poco a poco, se sostenía de ramas y se abrazaba del tronco, un paso a la vez, la mejilla rozaba con la áspera corteza del pino, un poco más, seguía trepando, su aroma, su olor era agradable, cuando casi había trepado un metro, la fuerza falló y la cachorra cayó desgarrando una rama de Brinzal.

—¡Auch! —exclamó Brinzal por el dolor en su rama quebrada. La cachorra, sucia en el suelo y también adolorida, abrió sus ojos con sorpresa.

—¡Ouch, ouch, arde! —seguía quejándose Brinzal abandonando todo orgullo, mientras la comunidad de pinos se divertía con la escena. La cachorra se acercó—. Perdóname ¿te lastimé? —le dijo— No, no es nada, yo… apenas lo sentí —respondió Brinzal sin pensar, mientras trataba de controlarse. La pequeña estaba sorprendida —¡puedo… escucharte! —se hizo un momento de silencio, como si todo el bosque se detuviera, los animales dejaron de jugar, la tribu no podía creer lo que ocurría, incluso el viento se detuvo un segundo para confirmar lo que había ocurrido.

—¿Arbolito? —La pequeña puso su mano en la corteza de Brinzal— ¿Cómo te llamas? —Sin saber si contestar o no, Brinzal tartamudeó— Bri… Brinzal —La pequeña sonrió con la mirada más tierna e inocente que se hubiera visto en el bosque mientras el sol le iluminaba su cabello castaño.

—Yo soy Lucía —dijo mientras hacía una reverencia y mantenía su mano en la corteza del árbol. El bosque salió de su estupor, era la primera vez que un animal se comunicaba de forma tan directa con el reino vegetal. La primera vez, pero no la última, Lucía jugaba en el bosque continuamente. Durante varios años, cultivó una conexión profunda con el bosque y, especialmente con Brinzal a quien trepaba a menudo, aunque ahora con más cuidado. Los miembros del clan de Lucía no se aparecían nunca, creían que ella tenía amigos imaginarios del bosque y la dejaban que viviera su infancia. La amistad cultivada con Brinzal podía sentirse en toda la Tribu de pinos, incluso Altiplán le había tomado aprecio a la pequeña cachorra. Así pasaron algunos años, así se terminaron y Lucía dejó de jugar en el bosque.

3. Son salvajes

Brinzal había conservado su nombre, a pesar de ser un árbol alto y fuerte, cuyo porte emulaba la apariencia que alguna vez tuvo Altiplán, toda la tribu le seguía llamando Brinzal. Sí, seguía siendo ingenuo, ocurrente y curioso, su experiencia con Lucía le había hecho creer que podría ser el puente entre dos mundos, el vínculo entre dos reinos, los animales y las plantas, un nuevo guía que llevaría la ideología de balance uniendo al ecosistema como uno solo. Esa esperanza se compartía entre todos los pinos a través de sus raíces y su conciencia colectiva. Así era, hasta aquel suceso.

Dicen los rumores, que hace unos cuantos días, en una madriguera de personas, se reunió un grupo de hombres que provenían de tierras lejanas. Sus cuchicheos no se lograban entender, pero plantas y animales reconocieron a humanos regordetes quemando plantas en sus hocicos mientras se felicitaban mutuamente por ser los amos del lugar, o eso es lo que parecía. No tardó mucho en llegar un ruido estruendoso, un tipo de colmillos que los humanos manejaban con sus manos, escupían humo como si estuvieran quemando algo dentro de sí y con esas máquinas, eso era lo más terrible, con ellas podían despedazar a los miembros de la tribu en unas cuantas horas.

—¡Qué está ocurriendo Altiplán! —demandaban saber los pinos reunidos— ¡Estas marmotas sin pelo están matando a los nuestros! —Era una noche fría, pero las plantas sentían un frío más gélido dentro de sí por el miedo y la incertidumbre. Altiplán no había podido descansar, su atención estaba fija en el campamento de los humanos, con soles falsos de color blanco iluminaban un espacio donde estaban descortezando cadáveres de los pinos más bellos de la tribu. Habían sido pinos altos, gruesos, fuertes, de fuste recto, sus congéneres, sus familiares.

—Altiplán —La voz de la antigua Savia le regresó al aquí y al ahora— Debes informarles, por favor.

Brinzal escuchaba con atención, le parecía difícil creer que alguna especie de animal tuviera el poder que reportaban los rumores, seguro eran exageraciones, él mismo había conocido a una de esas marmotas sin pelo, él sabía que era imposible que…

—¡Es cierto! —la voz de Altiplán atravesó nubes, sombra, tierra y carne. Los pinos callaron, los animales se

acurrucaron buscando cobijo, Brinzal sintió como su interior se congelaba— Los humanos no son de fiar —siguió explicando—, les he estado observando por todo este tiempo, lo bueno, lo malo, sus costumbres y sus deseos. Puedo decirles, que solo están aquí para consumir. Cualquier animal lo haría, pero cualquier animal encuentra el equilibrio con el ecosistema al ser depredado, parasitado o perecer por hambrunas. Tribu, esta especie de animal no lo hace, no encuentra depredadores, extermina sus parásitos, depreda lo que encuentra a su paso para evitar las hambrunas. Estas bestias no se detendrán ante nada y su mirada se ha posado sobre nosotros. —El silencio era sepulcral, un ligero viento se abría paso con dificultad entre troncos y helechos, fuera de ello, la quietud reinaba

—Tenemos… tenemos que hacer algo Altiplán —dijo Tercian— Y eso haremos, mi estimado amigo, vamos a defendernos de estos invasores —dijo fuertemente Altiplán mientras sonreía. Los pinos, con sus ánimos por los suelos, prestaron atención para escuchar el mensaje de resistencia. Los animales, que hasta entonces se habían mantenido al margen del conflicto, se acercaron a escuchar.

—¿Quieren nuestros cuerpos? —Altiplán siguió—, No les daremos semillas, no crecerán nuevos pinos. ¿Quieren fustes rectos? Seremos los más torcidos pinos que jamás hayan existido. ¿Quieren caminar por nuestros bosques? Que nuestros animales aliados les ataquen. —Las ramas de Altiplán se movían con el viento mientras los lobos mexicanos aullaban, los búhos ululaban, las serpientes de cascabel sonaban y los jabalíes gruñían—. No se equivoquen especies del bosque, esta es una amenaza para todos nosotros, pero la enfrentaremos juntos, ¡la vida encontrará la forma! —concluyó el gran pino mientras animales y plantas celebraban el inicio de la resistencia contra los humanos. Todos, excepto Brinzal.

Solamente puedo decirles que la unión de la naturaleza fue increíble. Cierto, los lobos montaron emboscadas para alejar o reducir las huestes humanas, los jabalíes arremetieron contra los humanos que caminaban individualmente, las serpientes montaron guardias, los pinos dieron menos semillas e hicieron esfuerzos por crecer torcidos, pero la mayoría tenían una calidad genética tan excelente que, a pesar de sus esfuerzos, seguían siendo pinos valiosos para los humanos. Debo decir que la resistencia, implacable como fue, también fue inútil. La mancha humana siguió consumiendo todo a su alrededor, ponían especial interés en los árboles más grandes, los más rectos, los más bellos, los de mayor porte. Claro, como era de esperarse, Altiplán murió en esa revuelta. Su caída fue un golpe directo al corazón del bosque, los animales fueron perseguidos hasta el borde de su extinción, incluso aquellos que no habían tomado cartas en el asunto, como el búho cornudo cuyo mayor crimen fue ulular y ser hermoso. El hábitat se estaba degenerando, deteriorando, muriendo.

Una fuerte tormenta azotaba los bosques cuando algunos pinos se reunieron a discutir sobre el avance humano.

—¡Son unas bestias! —dijeron—, ¡mataron a Altiplán, a los lobos! ¡Se llevaron a los búhos! ¡Matarían a cualquiera! —replicó otro—, ¡Matarían a cualquiera si pudieran hacerse un tapete que desecharán en un mes! —La lluvia se hizo más fuerte y los relámpagos iluminaban el cielo, a veces de color azul, otras veces de color rosa, la tormenta eléctrica tomaba más y más fuerza. El agua escurría por las cortezas como lágrimas que les permitían llorar la pérdida de sus familiares, amigos y aliados. —Son salvajes, nada más que eso— agregó Brinzal, mientras se despedía de sus últimos recuerdos con Lucía.

4. El impostor

La tormenta había pasado, debido a la increíble cantidad de agua que cayó, ocurrieron inundaciones y deslaves que dejaron enterradas a algunas madrigueras humanas. Los reinos animal y vegetal lo celebraron como una victoria. La Madre Naturaleza había tomado cartas en el asunto. Eso le dio un respiro al bosque, un respiro y mucha humedad.

El consejo de guerra se reunió, Brinzal, ahora uno de los árboles de mayor tamaño, era un líder de la resistencia junto con Tercian, Savia y otros pinos más. —Aprovechemos este momentáneo cese de sus actividades, ¡produzcamos semillas y ataquemos con las reservas que nos queden! —propuso Tercian—. Bien sabes que las semillas tardarán muchos años en desarrollarse, hasta ahora solo hemos producido las que nos han resultado indispensables para evitar la extinción, vuelve al ritmo antiguo y atraerás su atención más que nunca —discutió Savia—. Debemos centrarnos en sanar las heridas, la tormenta también dañó a algunos de los nuestros, destruyó madrigueras de nuestros aliados, sanar y fortalecernos —finalizó Savia.

—Hacer… nada, ¿ese es tu sabio consejo? ¡Hacer nada mientras el enemigo está en nuestras puertas!— explotó Tercian. Un par de lobos desnutridos les miraban con preocupación.

—La anciana tiene razón —interrumpió Brinzal—. No tenemos la capacidad de pelear ahora mismo, tampoco podemos exigir a nuestras fuerzas y aliados que peleen cuando sus propias familias necesitan sustento. Por ahora es mejor esperar. —El pino tuvo dificultad para compartir una sensación de calma a través de la consciencia compartida.

—Tal vez yo pueda ayudar —se escuchó una voz en el aire. Los pinos compartieron una sensación de desconcierto, de confusión. Esa voz no era parte de la mente compartida, tampoco eran los aliados animales, ¿un nuevo enemigo? —Ustedes se han visto beneficiados por las micorrizas, ¿lo recuerdan? Esa red del subsuelo que los conecta, ayuda a asimilar y repartir recursos, y también ha sido responsable de esa conexión comunitaria que tanto les ha ayudado. Las micorrizas son hongos, yo también soy un hongo y puedo ayudarles. La voz sonaba mientras un polvo se dejaba ver entre los haces de luz solar que se filtraban en el bosque.

Savia, mirándolo con desconfianza, preguntó: ¿Quién eres extraño?

—Mis amigos me llaman Circino, así como sus micorrizas, soy un hongo y me he asociado con pinos de todo el mundo. Permítanme entrar en su comunidad, yo les ayudaré a sanar sus heridas. He estado por todo el mundo, desde suelos lejanos llamados California, hasta ecosistemas distantes en Sudáfrica y Japón, yo sé cómo solucionar sus problemas —Los pinos asentían entre ellos, un aliado más en esta lucha, claro que era bienvenido, además, parecía conocer a otras familias de pinos, un guerrero comprobado, un apoyo táctico, pero la anciana Savia no estaba convencida—. No creo que sea el momento de integrar agentes descono… —pero una voz la interrumpió, Tercian seguía embravecido por las continuas negativas y pasividad de Savia—, Déjalo integrarse Savia, vamos, si fuera por tus ideas, esta Tribu se sentaría y echaría raíces —los pinos rieron—. Sea bienvenido, amigo de tierras lejanas —concluyó Tercian y el polvo se desvaneció para unirse a los árboles en la reunión.

Con su nuevo aliado, los pinos continuaron resistiendo, pero el panorama empeoraba, los animales no lograban recuperarse, fueron perseguidos hasta el borde de la extinción. A nivel de piso, ya no se observaban cachorros de ninguna especie correteando o jugueteando, las aves tenían más dificultad para anidar y los árboles crecían cada vez más torcidos y delgados.
—¡Vaya! Ahora sí que están poniendo esmero en ser desagradables a los humanos —dijo Brinzal, ignorando que los pinos jóvenes ya no podían crecer como los antiguos árboles, su calidad genética se había degradado y esa era la nueva imagen del bosque, un ecosistema corrupto, roto, mutilado. Esos árboles ni siquiera gozaban de la consciencia colectiva, era difícil saber qué pensaban o qué sentían, se les veía aislados y enfermizos.

No tardó mucho tiempo para que los viejos pinos empezaran a enfermarse también. Todos, incluidos aquellos de la Tribu de Los Altos y nuevos pinos deformes, empezaron a presentar síntomas de debilidad. Lloraban. Lloraban lágrimas de resina blanquecina. Los humanos sabían que esa madera no serviría para nada, entonces los dejaban morir en silencio mientras continuaban erradicando a los ejemplares altos, rectos y gruesos, una verdadera misión de exterminio de esos que alguna vez poblaron todo el bosque. Savia, la sanadora, sabía que alguna enfermedad había encontrado su camino al ahora enfermizo bosque, pero ¿cuál? La resina era, comúnmente, muestra de resistencia, de sanación, pero poco tiempo después, los árboles colapsaban, asfixiados sin agua y sin nutrientes, se marchitaban por dentro, quedaban podridos. Savia se sentía confundida, frustrada e impotente.

Una macabra risa se dejó oír entre los cadáveres putrefactos que los humanos retiraban para llevar a un tiradero

5. Lucía

Brinzal —llamó Tercian—, la batalla está perdida, nuestras viejas alianzas están muertas y los hongos ya han dado todo de sí para ayudarnos. Mucho me temo que nosotros somos los siguientes - Brinzal era ya el último ejemplar de Los Altos, se sentía ciego, pues la red de micorrizas estaba tan despedazada que era imposible comunicarse a través de ella, no sabía quiénes sobrevivían, no sabía en dónde se movían los humanos y tampoco gozaba de la increíble altura del viejo Altiplán.

—Tercian, amigo… —La motosierra comenzó a escucharse en las cercanías, ¿por quién vendrían? Como un ciego buscando alrededor, Brinzal hizo el mayor esfuerzo por percibir lo que le rodeaba. Ahí, ahí estaba un humano, con su máquina de colmillos afilados,

caminaba directamente hacia él. La cara del salvaje estaba tapada y un sombrero de cuero le cubría del sol abrasador. En el bosque, se pudo escuchar cómo la máquina se aceleró y al momento en que rozó la corteza, Brinzal exclamó con toda su alma. —¡Espera!, ¡espera! —La máquina se detuvo. Brinzal sollozaba dentro de sí, tenía miedo, tenía pequeños frutos en sus ramas que aún no habían abierto para liberar sus semillas. El salvaje se acercó lentamente, removió su guante de piel de jabalí, piel de los viejos aliados en las manos de estos salvajes. La mano acarició la corteza herida de Brinzal. —¿Arbolito? —Las ramas de Brinzal se estremecían, pero pudo encontrar el valor de responder ¿Lucía?

Lucía se quitó su sombrero, dejó caer su cabello castaño, se quitó un paliacate de su rostro y Brinzal volvió a ver esos ojos y ese rostro que tan amigables le parecieron años atrás. —Lucía, ¿qué has hecho?, ¿en qué te convertiste? —preguntó Brinzal sin esperar una respuesta que le satisficiera. Ella tampoco supo qué responder, solo arrojó la motosierra por un lado y lo abrazó— Brinzal, yo creí que... —Ella no podía terminar ni una frase, no estaba preparada para ese diálogo. A lo lejos, un grito se escuchó, urgiendo a Lucía para iniciar a derribar el árbol. Ella, de rodillas, no respondió y negó con la cabeza —Yo creía que todo estaba en mi mente, arbolito —le dijo mientras las primeras lágrimas empezaban a correr por sus mejillas. Era un rostro desgastado por los años, no reflejaba la misma inocencia y ternura de antes, ahora cargaba con preocupaciones y problemas de una persona adulta, la cachorra ya no era una cachorra.

—¿Qué creías que estaba en tu mente Lucía? —preguntó Brinzal— ¿La conexión que teníamos? ¿Los buenos momentos que pasaste en el bosque? ¿Las tardes sin fin que pasamos aquí? ¿Los animales con los que conviviste? ¿Qué de todo eso te pareció falso Lucía? —Brinzal también entristecía mientras revivía todas esas memorias con ella, la cachorra a la que incluso Altiplán, que conocía el corazón e intenciones de los humanos, llegó a apreciar —Yo... —ella seguía de rodillas abrazada al árbol —supongo que olvidé... y ahora —miró a su alrededor para ver que ese sitio, su lugar de juegos favorito, ahora era un páramo de muerte, enfermedad y deterioro. Ahí, rodeada de árboles deformes, delgados, enanos e infestados de resina, se sintió vacía y triste—. ¿Cómo llegamos a esto?

—Lu, ¿cuánto más vas a tardar para...? Ah, por todos los dioses —exclamó Marco, su compañero del aserradero, cuando la vio abrazando al árbol— Lu, por favor, tú eres la única razón por la que ese árbol en particular no ha sido talado— Lucía seguía en la misma posición esforzándose por escuchar la historia de Brinzal, el sufrimiento de sus familiares, los sacrificios, la pérdida de los aliados, especie tras especie, camada tras camada, Marco seguía hablando— ...Así que, por favor, si no lo harás tú, lo haré yo, pero quiero irme a cenar temprano hoy.

Aun llorando, Lucía se separó de Brinzal —Arbolito, no podré evitar que lo hagan, pero te llevo conmigo —dijo, apretando un objeto con ambas manos en su pecho— ¿Lu? —preguntó Marco intrigado. Ella se levantó y se retiró. Marco la acompañó de vuelta al campamento maderero. Claro que después volvió otro equipo y derribaron a Brinzal, el último miembro de Los Altos cayó, su cuerpo fue troceado y llevado al aserradero, su corteza fue separada, el resto fue dividido principalmente en tablas y vigas, despedazado y sus residuos cortados y clasificados como palos de escoba, barrotes, leña y aserrín. Era buena madera, los colaboradores estaban impresionados con la calidad —¡Ojalá hubieran más de estos! Ya queda puro chaparro y torcido —dijeron entre risas los obreros. Lucía observaba sentada, con sus manos juntas sobre sus piernas, sólo derramó un par de lágrimas antes de llamarlo a él— Una llamada a esta persona y las cosas cambiarían —se dijo.

De vuelta en el bosque, la vieja Savia lloraba la muerte de Brinzal, pero sus lágrimas eran de resina, una resina blanca. Llevaba ya tiempo tratando de sanar de este mal, pero le había sido imposible. Ahora podía sentir el final acercándose, la tribu de Los Altos se había extinguido, el resto de los árboles se había enfermado, la red de micorrizas estaba fragmentada y solo podía escuchar a Circino reír desde sus adentros —Tuviste razón todo el tiempo. —Circino nunca fue un aliado, fue un oportunista, un hongo patógeno que buscaba infectar a los pinos de esta región —dijiste que tus amigos te llaman Circino, ¿quiénes son tus amigos? —preguntó la vieja sanadora con sus últimos alientos que le sabían a podredumbre. El hongo, con un tono cínico, explicó: —Bueno, no te podría decir que tengo amigos, verás... todos ellos están muertos. En cualquier caso, tú nunca fuiste una amiga, así que puedes decirme Fusarium circinatum, cancro resinoso del pino —la sanadora de la Tribu sonrió ligeramente—. Hice lo correcto al aconsejar que te rechazáramos.

—¿Tú? No lograste nada, y ahora tu cuerpo me servirá para infectar a todos quienes te rodean, semillas, brinzales, árboles jóvenes, adultos, da lo mismo, son míos

—la voz sonaba con más fuerza—. No importa qué especies de pinos lleguen en un futuro ni cuánto tarden, yo esperaré, en los suelos, en restos de tejido putrefacto, aquí estaré, este es tu legado —La vieja Savia rió y replicó: —Altiplán nos dijo, la vida, encontrará la forma, y así lo hará —la anciana pino sucumbió.

6. Una ruta de escape

A la mañana siguiente de la muerte de Savia, un equipo subió nuevamente al… ¿podemos seguirle llamando "bosque"? Se corría el rumor de que el aserradero ya no era rentable, las tablas salían muy pequeñas y no se lograban vender a buen precio, ¡el negocio no podía sobrevivir vendiendo palos de escoba! Culpa, por supuesto, de esos tontos pinos que habían dejado de crecer bonitos, ya sabes, rectos, altos, gruesos, con pocas ramas. ¡Ahora todos son enanos, chuecos y ramudos! Y si alguno llega a crecer relativamente bien, ¡está enfermo! Terrible, ¡ay destino qué cruel has sido con esta gente trabajadora!

Esos comentarios y rumores se mencionaban y se discutían en el grupo. Todos los salvajes se posicionaron alrededor de Tercian, el último de los viejos líderes. Estuvieron lo bastante cerca para que él pudiera percibirles, pero esta vez había algo diferente. Un hombre lideraba al grupo, llevaba un chaleco de campo, sombrero y gafas, su bigote y cabello eran plateados, "el Profesor Verdelio", el Amigo de Bosques, le llamaban sus acompañantes.

—Aquí la idea es reconocer cuáles son los mejores ejemplares dentro de los que aún permanecen. Normalmente queremos cortar los mejores árboles para la venta, pero eso hace que dejemos los pinos más feos y esos árboles se reproduzcan teniendo descendencia parecida y, poco a poco… —el hombre miró alrededor sugiriendo que el deterioro del bosque era consecuencia del mal uso que se le daba.

Lucía, que acompañaba al grupo, se arrodilló junto a Tercian, removió su guante y tocó su corteza —Lucía —dijo Tercian, pero Lucía no parecía reaccionar, se limitaba a acariciar la corteza del árbol. El Amigo de Bosques la observó, removió su guante y también tocó la corteza, —¡Verdelio! —intentó Tercian. El hombre mostró sorpresa, pero se limitó a prestar atención—, Profe Verdelio, hagamos un trato —dijo Tercian. El hombre no podía creer lo que estaba ocurriendo, pero sin duda lo disfrutó, miró rápidamente a Lucía quien entendió lo que acontecía. Ella sonrió con aprobación y acarició la espalda del hombre de cabello plateado. Tercian pudo compartir su historia, pero el Amigo de Bosques explicó que él venía a dar su mejor opinión sobre la situación y no podía hacer mucho más.

—Profesor, si no hay alguien que nos ayude, pronto estaremos extintos. Yo Tercian, soy el guardián de las generaciones, mi trabajo es cuidar que las semillas prosperen —explicó el pino—. Por favor, llévate a nuestra herencia a otro lugar, un sitio donde puedan progresar y recuperar la gloria de la vieja Tribu Los Altos, no permitas que esto termine aquí —rogó Tercian. El hombre de gafas miró a Lucía quien, por un instante, pudo leer su mente.

—Yo… yo misma he recuperado semillas de los pinos más sobresalientes que llegaron al aserradero, escuché los comentarios de los compañeros y las he guardado —dijo ella con emoción, sus ojos brillaron como lo hicieron en aquél momento con Brinzal —y también… —sacó un fruto de pino de un bolsillo que llevaba junto a su pecho— tengo aquí un fruto de mi más querido pino, Brinzal. —Verdelio se conmovió por el gesto—. Por favor —suplicó Tercian.

—¿Entiendes lo que pides? No existe un sitio en el mundo donde los pinos puedan crecer sin ser aprovechados de alguna manera, ya no lo hay, Tercian —explicó el hombre mientras se ajustaba las gafas—, si ahora les llevo, iniciaremos un cultivo donde prosperen, sí, donde les cuidemos, sí, pero donde ustedes también se sacrifiquen por nosotros, el mundo funciona así ahora. Sería un trato extraño para ustedes, solo ganarían al perder sus vidas —Tercian miró a la distancia, por un momento pudo ver a Altiplán, su líder, a Savia, la sanadora de pinos, a Brinzal, a los aliados animales corriendo entre el antiguo bosque y respondió al profesor—. La vida encontrará la forma, como dijo un amigo elocuentemente. Llévate nuestro legado, que esta alianza asegure nuestra perpetuidad.

El grupo de humanos, que se había dispersado para observar los alrededores, se reunió nuevamente cuando el Amigo de Bosques les llamó—¡Señores! El deterioro de este sitio es claro y también es una lástima que tanto recurso se esté perdiendo. Fuimos tomando lo mejor y dejando lo peor. Por eso ahora tenemos que hacer un esfuerzo inverso, el trabajo será duro, pero lograremos recuperar las mejores características de los pinos sobrevivientes y eso sólo se puede hacer… recolectando semilla —indicó. Aprovechando las recolectas de Lucía y esfuerzos constantes del equipo,

lograron encontrar ejemplares que se destacaron por resistir a la infección por Fusarium circinatum, cuyo porte aún era ejemplar, fustes rectos, rápido crecimiento, precocidad, aún había rastros, vestigios, de la tribu Los Altos. Estos árboles donaron sus semillas con la esperanza de que el nuevo grupo de silvicultores liderados por Verdelio les reubicara en otro lugar, un sitio seguro donde sobrevivirían y se encontrarían en alianza con los humanos, en mutuo respeto, la promesa de un santuario llamado huerto semillero. Naturalmente, los pinos no podían moverse o migrar con ellos, los donantes de semillas se quedaron, hicieron todo lo posible por sobrevivir a pesar del humano, del suelo apisonado y de las enfermedades.



7. Un nuevo amanecer

En ese momento, antes del primer resplandor del día, el aire gélido de las montañas se movía con fiereza sin encontrar ningún obstáculo en su camino. La frialdad de la noche dejaba heladas las piedras desnudas llevándose consigo la poca humedad que lograba depositarse en peñas, hierbas y el endurecido suelo. Ningún animal se aventuraba a salir en estas condiciones o quizá no quedaba ninguno en absoluto, solo algunas alimañas ponzoñosas se asomaban para recibir un nuevo día. En el horizonte, el resplandor del sol destelló echando de menos al viejo ecosistema. En su lugar, ahora sólo sobrevivía un potrero con un par de cabezas de ganado desnutrido comiendo hierbas. Algunos pinos enanos y delgaduchos adornaban las colinas, cual si fueran elementos de una vieja colección, ahora deteriorada por el uso y el tiempo. El aserradero estaba clausurado, su techo se caía a pedazos, arrancado quizá por el viento que corría sin resistencia. Los salvajes habían migrado. Aquí, todos perdimos.



Referencias

Comisión Nacional Forestal. (2025) Fusarium circinatum Nirenberg & O´Donnell. México. http://sivicoff.cnf.gob.mx/ContenidoPublico/08%20Gu%C3%ADas%20de%20s%C3%ADntomas%20y%20da%C3%B1os/Gu%C3%ADas%20de%20s%C3%ADntomas%20y%20da%C3%B1os/Fusarium%20circinatum.%20Version%20corta.pdf

Drenkhan, R., Ganley, B., Martín García, J., Vahalík, P., Adamson, K., Adamčíková, K., Ahumada, R., Blank, L., Bragança, H., Capretti, P., Cleary, M., Cornejo, C., Davydenko, K., Diez, J. J., Lehtijärvi, H. T. D., Dvořák, M., Enderle, R., Fourie, G., Georgieva, M., ... Mullett, M. S. (2020). Global Geographic Distribution and Host Range of Fusarium circinatum, the Causal Agent of Pine Pitch Canker. *Forests*, 11(7), 724. https://doi.org/10.3390/f11070724

Dyshko, V., Hilszczańska, D., Davydenko, K., Matić, S., Moser, W. K., Borowik, P. & Oszako, T. (2024). An Overview of Mycorrhiza in Pines: Research, Species, and Applications. *Plants*, *13*(4), 506. https://doi.org/10.3390/plants13040506

Flores Flores, C., López Upton, J. & Valencia Manzo, S. (2014). Manual técnico para el establecimiento de ensayos de procedencias y progenies. Comisión Nacional Forestal. México. http://www.conafor.gob.mx:8080/documentos/docs/19/0Manual%20Te%CC%81cnico%20para%20el%20Establecimiento%20de%20Ensayos.pdf

Paredes García, D. M., Ramírez Bautista, A. & Martínez Morales, M. Á. (2011). Distribución y representatividad de las especies del género Crotalus en las áreas naturales protegidas de México. *Revista Mexicana de Biodiversidad*, 82(2), 689-700. https://www.scielo.org.mx/pdf/rmbiodiv/v82n2/v82n2a26.pdf

Sánchez Rosales, B., Velasco García, M. V., Hernández Hernández, A., Gómez Cárdenas, M. & López Teloxa, L. C. (2025). Genetic Parameters and Family Selection of Pinus pseudostrobus var. apulcensis Through Growth and Stem Quality in Mixteca Oaxaqueña Region, Mexico. *Forests*, *16*(6), 959. https://doi.org/10.3390/f16060959

Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales. (2016). El regreso del lobo mexicano. https://www.gob.mx/semarnat/articulos/el-regreso-del-lobo-mexicano

Tiwari, B., Taruna & Sharma, H. (2025). Genomic Improvement and Conservation of Tropical and Subtropical Pines. En A.A. Elias, Y. Ramasamy (eds.) Genomics Based Approaches for Tropical Tree Improvement and Conservation. Springer. https://doi.org/10.1007/978-981-96-4616-6_10